



XXIII

MEMORIAS DE UN CONSERJE.—ÚLTIMAS PÁGINAS

CONSIGNO aquí á vuela pluma y con ansioso pulso los horribles sucesos de que vengo siendo juguete algunos días há. De esta sí que no escapan ni la *Territorial* ni mis ambiciosos ensueños... Protestos, embargos, la policía en casa, los libros en la del juez de instrucción, el gobernador fugado, el consejero Bois-PHère en Mazas, el consejero Monpavón desaparecido. Pierdo la cabeza entre tanta catástrofe... Y pensar que si yo hubiese seguido los consejos de la sana razón, seis meses há que me estaría en Montbars bien tranquilo cultivando mis cuatro terrones de viña, sin otro quebradero de cabeza que ver cómo se redondean y se doran los racimos al amigo sol de Borgoña, y de recoger, después de algún cha-

parrón, debajo de las cepas, aquellos caracolillos grises tan sabrosos hechos en pepitoria. Con el producto de mis economías hubiera mandado construir en un extremo del coto, un mirador de piedras secas como el de M. Chalmette, tan cómodo para las siestas del mediodía. Pero no. Mareado constantemente por falaces ilusiones, he querido enriquecerme, especular, tentar los grandes negocios de banca: y héteme ahora volviendo á las páginas más negras de mi historia, conserje de unas oficinas alcaídas, encargado de contestar á una gavilla de acreedores, de accionistas ébrios de furor, que cubren mis blancos cabellos con los insultos más espeluznantes, cual si quisiesen hacerme responsable de la ruina del Nabab y de la fuga del gobernador. Como si á mí no me tocara tan de cerca como á ellos por mis cuatro años de atrasos que vuelvo otra vez á perder, y mis siete mil francos de anticipos, todo lo que había confiado á ese bribón de Paganetti de Porto-Vecchio.

Pero estaba escrito que apuraría hasta las heces la copa de las humillaciones y de las amarguras. Pues no me he visto, yo, yo, Passajón, todo un ex-bedel de Facultad, con treinta años de buenos servicios y la venera de oficial de Academia, obligado á comparecer ante el juez de instrucción!... ¡Ah! cuando me ví subiendo aquella escalinata del Palacio de Justicia, sentí que la cabeza me daba vueltas y que las piernas se me escurrían. Allí pude reflexionar detenidamente, al atravesar aquellas salas negras de abogados y de jueces, rasgadas por grandes puertas verdes detrás de las cuales se oye el imponente alboroto de las vistas; y arriba, en el corredor de los jueces de instrucción, durante mi espera de una hora, sentado en un banco, sintiendo cómo se me encaramaba por las piernas la polilla de cárcel, y escuchando las bromas que armaban con los guardias de París un atajo de rateos y mujerzuelas con la gorrita de San-Lázaro, y el ruido de las culatas de fusil por los pasillos, y el apagado zumbido de los coches celulares. Entonces comprendía los riesgos de las *combinazione* y que no siempre está la Magdalena para tefetanes.

Con todo, lo que me daba ánimo era que no habiendo

nunca tomado parte en las deliberaciones de la *Territorial* no rezaban conmigo en lo más mínimo sus trápalas y enredos. Pero así y todo, me pasó una cosa rara. Una vez en el despacho del juez, delante de aquel caballero con birrete de terciopelo que desde el otro lado de la mesa me miraba con unos ojillos que parecían unos garfios, me sentí tan registrado, tan escudriñado, que á pesar de mi inocencia, sentí una terrible comezón de confesar. Confesar ¿qué? Lo ignoro. Pero es el efecto que produce la justicia, Aquel demonio de hombre estuvo unos cinco minutos mirándome sin despegar los labios, hojeando un cuaderno escrito todo él en una letra gruesa que no me era desconocida, hasta que bruscamente y en tono que tenía tanto de severo como de zumbón me dijo:

—Qué tal, señor Passajón... ¿Hace mucho tiempo que no se ha hecho la jugada del carretero?

El recuerdo de cierta pillería en que yo había tomado mi parte en los tiempos de la miseria, estaba ya tan distante, que al principio no adiviné; pero algunas palabras del juez me hicieron ver que conocía al dedillo la historia de nuestro banco. El maldito lo sabía todo, aun los menores detalles, aun las particularidades más secretas.

¿Quién podía haberle informado de aquel modo?

Y á todo esto, muy conciso, muy seco, y cuando yo intentaba ilustrar á la justicia con algunas observaciones sagaces, cierta manera insolente de decirme: «Fuera frases, fuera frases», tanto más ofensiva, para mí, en mi edad y con mi reputación de lengua de plata, cuanto que no estábamos solos en su despacho. Un escribano, sentado junto á mí, escribía mi declaración, y detrás, oía el ruido de grandes hojas de papel al volverse. El juez me dirigió una infinidad de preguntas acerca del Nabab, de la época en que había hecho sus imposiciones, del sitio donde guardábamos los libros, y de repente, dirigiéndose á la persona que yo no veía:

—Venga el libro de caja, señor perito.

Un hombrecillo de corbata blanca colocó el voluminoso registro encima de la mesa. Era M. Joyeuse, el ex-cajero de Hemerlingue é hijo. Pero no tuve tiempo de ofrecerle mis respetos.

—¿Quién ha hecho esto? me preguntó el juez enseñándome el libro en un punto donde se había arrancado una hoja. Á ver, cuidado con mentir.

No mentía, no sabía nada, como que no me metía, en nada que se rozase con los libros. Sin embargo, créme en el caso de designar á M. de Géry, el secretario del Nabab, quien muchas noches venía al despacho y se encerraba solo horas enteras en la caja. Al oírlo, el señor Joyeuse saltó como una víbora:

—Lo que se pretende es un absurdo, señor juez... M. de Géry es el jóven de quien os he hablado... Iba á la *territorial* pura y simplemente para vigilar, y tenía demasiado interés por el pobre M. Jansoulet para hacer desaparecer los asientos de sus imposiciones, la prueba de su ciega pero completa honradez... Por lo demás, M. de Géry, que ha estado largo tiempo en Túnez, ha emprendido ya el viaje de vuelta, y dentro de poco podrá suministrar todas las aclaraciones necesarias.

Entonces ví que mi celo me exponía á comprometerme.

—Mucho cuidado, Passajón, me dijo el juez con severidad. Estáis aquí únicamente como testigo; pero si intentáis desviar el sumario podrá ser muy bien que tengáis que volver en concepto de procesado... (Y el monstruo parecía como que se muriese de ganas de ver llegado el momento...) Vamos, haced memoria, ¿quién arrancó esta página?

Entonces y bien á tiempo, recordé que, pocos días antes de irse de París, nuestro gobernador me había hecho llevar los libros á su casa donde los había tenido hasta el día siguiente. El escribano tomó nota de mi declaración, después de lo cual el juez me hizo seña de que podía firme, advirtiéndome antes que no podía ausentarme sin dar parte. Ya pisaba yo el dintel cuando volvió á llamarme:

—Tomad, señor Passajón, llevaos esto. Ya no lo necesito.

Y me alargó los papeles que consultaba durante mi interrogatorio; júzguese de mi confusión cuando distinguí en la cubierta el título de «Memorias» escrito en mi mejor redondilla. Yo mismo acababa de dar armas á la

justicia, de proporcionarle datos preciosos que en la precipitación de nuestra catástrofe no había podido sustraer al ojeo que la policía llevó á cabo en nuestras oficinas

Mi primer impulso, al volver á casa, fué hacer añicos estos indiscretos papelotes; pero meditándolo mejor, resolví, en vez de destruirlas, continuarlas, en la seguridad de que tarde ó temprano podría sacar partido de ellas, vengándome de esa camorra encopetada en que por mi desgracia y con tanto desdoro me he visto metido.

Demás de que en algo me he de entretener. En el despacho, de todo punto desierto desde que anda de por medio la justicia, no tengo otra ocupación que la de ir apilando citas de todos colores. He vuelto á encargarme de la contabilidad de la cocinera del segundo, la señorita Serafina, la cual me da algunas provisiones que guardo en el arca restituida á su antiguo empleo de alacena. La señora del gobernador es también muy buena para conmigo, y cada vez que voy á verla á su magnífica casa de la Chaussée-d'Antin me atiborra los bolsillos. Por aquel lado no ha habido la más pequeña variación. El mismo lujo, las mismas comodidades, con más un chiquirritín de tres meses, el séptimo, y una nodriza de tomo y lomo cuya caperuza hace furor en el Bosque de Bolonia. Voy viendo que la gente, una vez lanzada por los rails de la fortuna, necesita algún tiempo para acortar su velocidad ó pararse: Por lo demás, el sollastre de Paganetti se había dado buen cuidado, en previsión de cualquier accidente, de ponerlo todo en nombre de su mujer. Por esto será sin duda que la italiana en cuestión profesa hacia su marido una admiración á prueba de bomba. Le ve huido, que se esconde; y sin embargo, erre que erre en que su marido es una especie de ángel del candor, víctima de su buena fe, de su credulidad: «Vos le conocéis, señor Passajón. Nadie sabe mejor que vos lo escrupuloso que es... Y tan cierto como hay Dios, que si mi marido hubiese cometido esas fechorías de que se le acusa, yo misma ¿lo oís? le hubiera puesto una escopeta en las manos y le hubiera dicho: «¡Eh, Tcheco, hazte saltar la tapa de los sesos!...» Y por la manera como abre su nariz arremangada y sus ojos negros y redondos co-

mo dos bolas de azabache, se comprende bien que aquella viborilla de corsa de l'Île-Rousse tal cual lo dice lo hubiera hecho. ¡Si lo digo yo que ha de ser una ardilla ese diablo de gobernador cuando llega hasta á embobar á su mujer, á hacer la comedia en su misma casa, donde aun los más listos se manifiestan tales cuales son!

Interinamente, toda esa cáfila se regodean de lo lindo: Bois-l'Héry en Mazas se hace servir la comida por el café Inglés, y el tío Passajón se ve reducido á vivir de las migajas que recoge por las cocinas. En fin, paciencia. Todavía los hay que se la pasan peor, y si no, ahí está M. Francis que esta mañana ha venido á la *Territorial*, macilento, lívido, sucio, con unos puños ajados que seguía estirando para no perder la costumbre.

Compareció precisamente en el punto y hora en que yo estaba al pié de la chimenea del salón de juntas asando una regular lonja de tocino, con el cubierto puesto en un ángulo de una mesita de taracea, encima de un periódico extendido para no mancharla. Invité al ayuda de cámara de Monpavón á que desayunase conmigo; pero el gran señor, porque ha servido á un marqués, se figura que pertenece ya á la nobleza, y así, me ha dado las gracias con aire altivo que daba ganas de reirse al observar lo enjuto de sus mejillas. Comenzó por decirme que seguía sin noticias de su amo, que le habían despedido del casino de la calle Real después de haber sellado todos los papeles, y entre un enjambre de acreedores que se habían lanzado como nube de langostas encima del desmedrado ajuar del marqués. «De modo que ando un poco atrasado,» añadía M. Francis. Es decir que no llevaba ni un ochavo en el bolsillo, que hacía dos noches que dormía en los bancos del bulevar, despertado á cada punto por los guardias nocturnos, obligado á levantarse, á hacer el borracho para ir en busca de nuevo abrigo... Por lo que toca al capítulo del estómago, sospecho que él y la comida no se trataban hacía algún tiempo según eran de hambrientas las miradas que dirigía á mi almuerzo, lo cual me daba mucha pena, así que le puse delante poco menos que á la fuerza una buena tajada y un vaso de vino que devoró por fin como un lobo. La sangre se le subió á los

pómulos acto continuo, y sin dejar de engullir se puso á charlar, ¡pero qué charlar!...

—De vos á mi, tío Passajón, me dijo entre bocado y bocado, sé dónde está... le he visto...

Y guiñaba el ojo maliciosamente. Yo le miraba con asombro.

—¿Qué es lo que habéis visto, M. Francis?

—Al marqués, á mi amo... allí, en la casita blanca, detrás de Nuestra Señora. (No decía La Morgue porque es una palabra demasiado fea.) Estaba seguro de que había de encontrarle allí. Al día siguiente fué. Estaba allí en efecto. ¡Oh! pero bien desconocido, os lo aseguro. Sólo su ayuda de cámara podía reconocerle. Los cabellos canos, sin dientes, y todas sus arrugas, sus sesenta y cinco años que sabía disimular de un modo tan acabado. Tendido en aquella mesa de mármol, con la espita que iba goteando encima de él, me parecía verle sentado en su tocador.

—¿Y no habéis dicho nada?

—No. Conocía sus intenciones desde hacía tiempo... Le he dejado que se fuese discretamente, á la inglesa, conforme deseaba. Pero así y todo, no debiera de haberse ido sin dejarme un pedazo de pan, á mí que le he servido veinte años.

Y de pronto, dando un puñetazo en la mesa, con rabia:

—Cuando pienso que, á haber querido, en vez de entrar en casa de Monpavón hubiera podido ir á la de Mora, tener el empleo de Luís... Este sí que tiene suerte. Lo mismo que Noël quien habrá llenado el zurrón de una manera! Eso sí, no durmiendo, porque ya sabía que el fi-lón no había de durar siempre. Lo que es hoy en la plaza Vendôme ya no hay modo de pescar nada. La vieja es la que cuida de todo y vigila como un gendarme. Saint-Romans está en venta, los cuadros en venta. El juicio final.

Confieso que no pude menos de mostrarme satisfecho, porque, al fin y al cabo, ese miserable de Jansoulet tiene la culpa de todas nuestras desgracias. Un tipo que se jactaba de ser tan rico y lo decía á roso y velloso. El público, naturalmente, caía en el garlito como el pez que ve brillar las escamas de la nasa.. Que ha perdido millones,

santo y bueno; pero entonces, ¿por qué dar á entender que todavía le quedaban otros?... Han puesto preso á Bois-l'Hery; á él debían de haber metido en la cárcel... ¡Ah! si hubiésemos tenido otro perito, seguro estoy de que á estas horas ya dormiría allí... Por lo demás, como se lo decía yo á Francis, basta ver á ese improvisado para comprender quién es. ¡Qué cara de bandido orgulloso!

—Y tan ordinario, añadió el ayuda de cámara.

—Sin pizca de decencia.

—Y aquella falta absoluta de buen tono... En fin, que ya es hombre al agua, y con él Jenkins, y con entrambos otros muchos.

—¡Cómo! ¿También el doctor?... De éste sí que lo siento... Un caballero tan amable, tan cumplido...

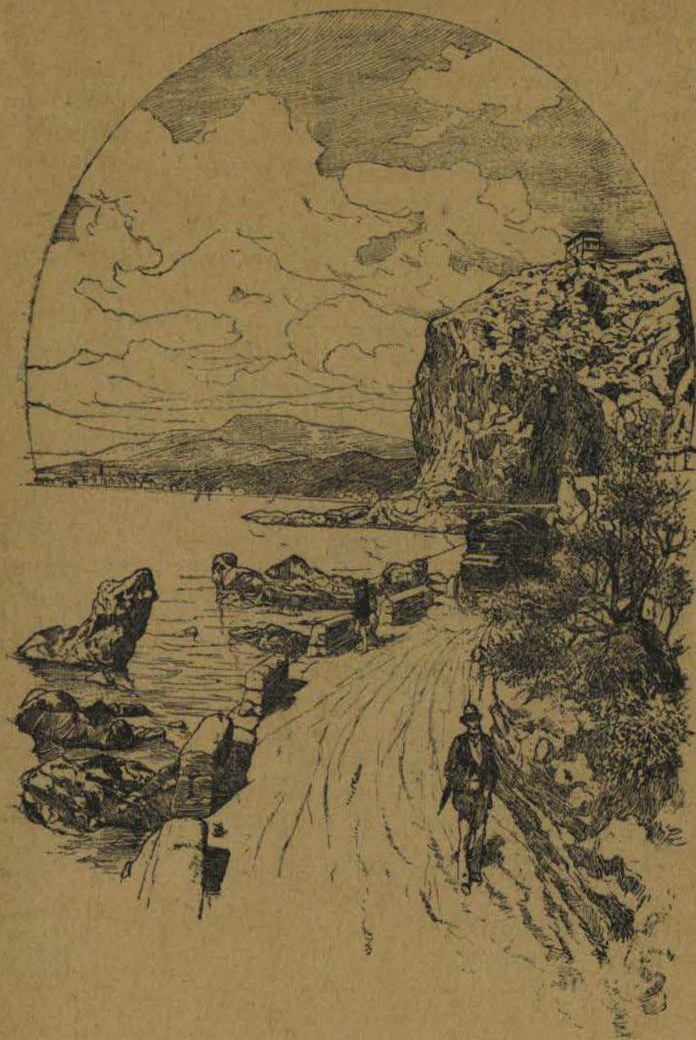
—Sí, otro que también queda en la mitad del arroyo.. Caballos, carruajes, mobiliario... La quinta de Nanterre también está en venta. Quedaban media docena de «chicos Bethlehem» los cuales fueron embalados en un fiacre... En fin, yo os lo digo, tío Passajon, esto es el juicio final; vos y yo tal vez no lo veremos acabar, porque ya somos viejos, pero acabará... Todo está podrido, todo habrá de sucumbir!

Os digo que espeluznaba mirar á aquel viejo alquilón del imperio, flaco, deslomado, cubierto de lodo y gritando como Jeremías: «Esto es el juicio final», con una boca sin dientes y abierta cuan ancha era. Su presencia me daba miedo y vergüenza, con un vehemente anhelo de que se fuese, y pensaba para mí: «¡Oh, M. Chalmette!... ¡oh, mi viñita de Montbars!...»

*En la misma fecha.*—Gran noticia. Ha venido esta tarde la señora Paganetti á traerme misteriosamente una carta del gobernador. Está en Londres y va á plan-tear un magnífico negocio.

Oficinas espléndidas en el mejor punto de la ciudad; comandita de primer orden. Me ofrece una plaza, «satisfecho, dice, de poder reparar así los perjuicios que se os han irrogado.» Tendré doble sueldo que en la *Territorial*, habitación, calorífero, cinco acciones de la nueva sociedad y reembolso íntegro de mis atrasos. No necesito

sino un pequeño anticipo para gastos de viaje y algunas deudas importunas en la vecindad. ¡Viva la Pepa! Tengo asegurada la fortuna. Voy á escribir al notario de Montbars que busque dinero con hipoteca de mi viña.



XXIV

EN BORDIGHERA

CONFORME había dicho M. Joyeuse en el despacho del juez de instrucción, Pablo de Géry regresaba de Túnez después de tres semanas de ausencia. Tres interminables semanas ocupadas en forcejear por entre las re-